

Capítulo II

Pausa entre dos crisis

13

Los veinte años que preceden a la Guerra del Pacífico registran un manifiesto cambio de signo en el desarrollo económico chileno. Dos crisis marcan sus extremos. La que se inicia alrededor de 1857 y culmina en 1861 y la que se precipita en 1878. Para Encina, este lapso equivalió a una «interminable convalecencia». Pero fue algo más que eso.

Si tomamos, como es legítimo, la curva del comercio exterior en su calidad de índice principal de la marcha y fluctuaciones del sistema productivo chileno, veremos claramente el contraste con la etapa anterior. En tanto, como se expuso, las exportaciones nacionales se cuadruplicaron entre 1844 y 1860, subiendo de 6 millones anuales a 25 millones; en el trienio 1861-63 sólo alcanzaron en promedio a 21 millones. Se recuperan paulatinamente y llegan a un nivel de 30 millones en 1867-68, que se sobrepasa después al conjuro de la riqueza de Caracoles, puesta en explotación en 1877-78 (Ver cuadro 1 anexo). En resumen, entre 1860 y el final de esta fase, sólo consiguen incrementarse en un 20 por ciento.

14

Gravitan sobre esta mutación del intercambio exterior la declinación del sector minero de exportación y el movimiento de precios en el mercado internacional. Chañarillo, como señala Encina, ya se hallaba «en completa decadencia» y en general la minería de la plata deja de desempeñar el papel relevante de la primera etapa. La fiebre de Caracoles, que duró alrededor de ocho años, «fue sólo el fulminante que hizo estallar el vértigo de la especulación» que precedió y agravó la crisis de 1878. El cobre, en cambio, es afectado principalmente por la declinación de precios. «El golpe de gracia, anota Encina,

lo dio la baja del cobre. En 1872 la tonelada inglesa se cotizaba en Londres a 108 libras. Este precio cayó a pique y, de tumbo en tumbo, descendió hasta 39,5 libras en 1878».

15

Respecto a la evolución general de los precios mundiales, que puede arrojar luz sobre las alternativas de los términos de intercambio del país, nuestro historiador citado indica que:

»Como consecuencia de los descubrimientos de oro de California y de Australia se produjo un alza general de precios que comenzó en 1850 para terminar en 1873. Los precios de cien artículos comprendidos en el índice de Soetber subieron por término medio en 32,9 por ciento entre el período 1847-50, que es su punto de partida, y 1875. A partir de esta última fecha se produjo una declinación general de precios, salvo los de unos 18 artículos, ninguno de los cuales aprovechaba a la economía chilena en la época, que culminó en 1894. . . en el espacio de 20 años (1874-1894) el término medio de los precios mundiales perdió lo que había subido en el curso de los veinticinco anteriores a 1874 y descendió cinco por ciento respecto al nivel que alcanzaba en el período 1847-50».

Frente a lo que señala Encina conviene tener en cuenta dos aspectos importantes. Por una parte, que no debe identificarse la tendencia a la baja de los precios internacionales, que a juzgar por el índice de precios de importación chilenos²² se inicia alrededor de 1870, con una con-

²²Índice precios de importación (aparecido en el boletín de la Sociedad de Fomento Fabril, 1886).

1850	100	1876	123
51	104	78	114
57	136	79	100

tracción de la demanda y el mercado mundiales. En verdad, a despecho de sus oscilaciones cíclicas, predominó en el siglo pasado una tendencia expansiva, marcada por la vigorosa industrialización de nuevas potencias. Dice G. Garvy al respecto que *»... el período de 1815-40 ... fue una época de un desenvolvimiento sin precedentes de las fuerzas productivas, y realmente «el período» de la revolución industrial... El período «declinante» de la segunda onda de precios coincide con la rápida industrialización de los EE.UU. y Alemania»²³.*

1858	118	1880	115
61	123	81	108
66	152	82	110
70	122	83	106
71	117	84	100
72	128	85	95
73	133	86	91
74	131		
75	126		

²³G. Garvy, «Los ciclos largos de Kondratieff».

Respecto a la evolución de precios en EE.UU., G. Soule, en su «Economic Forces in American history» señala que «Entre 1790 y 1900, los EE.UU. experimentaron cuatro «tendencias largas» en los precios. Entre 1790 y el fin de las guerras napoleónicas en 1815 (25 años), la tendencia general de los precios fue ascendente, aunque el alza más aguda sólo ocurrió en los últimos tres años. Entre 1815 y 1849, la tendencia de los precios fue a la baja. Estos 34 años fueron afectados por la severa depresión que siguió a las guerras napoleónicas y a la abolición del segundo Banco de los EE.UU. Desde 1849 a 1865, la tendencia de los precios giró otra vez hacia el alza con el descubrimiento del oro en California y la inflación de la guerra civil. Entre 1865 y 1896 se anudaron treinta años en que hubo por lo general un movimiento bajista de los precios, habitualmente atribuido a una expansión más lenta de los medios de pago que las transacciones de una economía en expansión. Después de 1896 comenzó el alza de precios que continuó con interrupciones menores a través de las dos primeras décadas de este siglo».

En lo que atañe especialmente al período posterior a 1865, las tendencias son prácticamente las mismas que denota el comercio exterior chileno.

En pocas palabras, la curva bajista de los precios, más que un indicio de depresión y falta de mercados en la economía mundial, parece haber sido un reflejo del incremento extendido de la productividad, que también se manifestó en el de explotación primaria con la incorporación de nuevos y más eficientes proveedores de la demanda acrecentada. Volveremos sobre este aspecto cardinal más adelante.

Por otra parte, como lo sugiere el índice reproducido, Encina no presta mayor atención a la influencia de la baja de precios sobre el costo de nuestras importaciones. Es difícil apreciar sin una investigación minuciosa (que sería de gran interés realizar) hasta qué punto compensa esa evolución la que tiene lugar en el valor de las exportaciones chilenas. En lo que atañe al cobre parece razonable pensar que su depreciación fue mayor que la que afectó a los bienes importados. La situación del trigo, otro producto básico en la exportación chilena del siglo pasado, es más incierta. Los antecedentes reproducidos abajo señalan una considerable estabilidad, salvo la caída de 1876 que se torna en tendencia alcista a partir de 1905²⁴.

En suma, y para tener un punto de comparación, aunque resultara efectivo cierto empeoramiento de la relación

²⁴S. Sepúlveda, «El trigo chileno en el mercado mundial».

Precio del trigo en \$ de 18 d. y moneda corriente

	18 d.	m/corriente
1865	—	2,60
70	11,5	3,25
73	12,5	3,12
76	9,9	2,40
80	—	3,50
90	11,4	
1910	11,0	
15	17,5	

de precios del intercambio, éste habría sido relativamente benigno; sobre todo si lo parangonamos con el que tiene lugar con posterioridad a la crisis de 1930-32 y al que nos referiremos en otra parte.

16

Un elemento que es útil subrayar por lo que se ha dicho en contrario, es que el encogimiento del comercio de exportación chileno en el período examinado no abarcó las ventas de trigo, que continuaron haciendo una contribución muy significativa a la balanza comercial.

»California y Australia, afirma el estudio del profesor Sergio Sepúlveda, no tienen la importancia que tradicionalmente se les ha atribuido como mercados iniciadores de nuestro desarrollo agrícola. Ambos sólo se beneficiaron con un proceso que venía desarrollándose con anterioridad... por eso aprovecharon momentáneamente las oportunidades de California y Australia para orientarse en seguida hacia un objetivo más estable, el mercado europeo«, »hasta 1900... salvo en años de baja excepcional en la producción, descenderá la cantidad exportada bajo los 800.000 qm«.

La declinación de este comercio, pues, es fenómeno posterior.

Los altibajos de las exportaciones y la tendencia disminuida de su crecimiento pusieron a dura prueba el sistema financiero del país, como quedó de manifiesto en las crisis de 1857-61 y 1878. Refiriéndose a la primera, relata Encina que

»A fin de agosto 1857, la contracción monetaria y crediticia se hizo tan intensa que las transacciones comerciales se paralizaron completamente en Valparaíso«. »La crisis comercial tenía fatalmente que repercutir sobre los agricultores, mineros e industriales... se vieron obligados a reducir sus trabajos, a abandonar o a aplazar las grandes instalaciones y mejoras

que habían emprendido. Hubo muchas quiebras ruidosas. El precio de la propiedad rural bajó en un 40 por ciento».

Sobre la más grave de 1878, y después de recordar que fue precedida de tres malas cosechas agrícolas, el mismo historiador recuerda que llegó un momento en que las circunstancias

»colocaron a los agricultores en la imposibilidad de servir el interés de sus deudas. . . faltaron compradores que dispusieran de los recursos necesarios para adquirir los fundos por el monto de la deuda. . . Muchos acreedores, inclusive algunos bancos, se vieron obligados a pagarse con precios rústicos».

El pináculo de esta situación fue la declaración de la inconvertibilidad de la moneda en 1878 y el ingreso a un régimen de papel moneda.

17

Antes de examinar más detenidamente los antecedentes y naturaleza de estas crisis, vale la pena referirse a las incidencias de un régimen metálico o de padrón de oro sobre el equilibrio económico.

En este sistema, como se sabe, juega un papel sobresaliente el comercio exterior. Circula moneda de valor intrínseco (oro o plata) y billetes convertibles en metálico. La cantidad de moneda circulante está vinculada al volumen de producción de oro o plata y a los saldos del intercambio externo. Aumentará si se acrecienta el primero y si hay saldos favorables en la balanza de pagos que se traduzcan en internación de metálico. Se restringirá si se genera un déficit en esa balanza que obligue a exportar oro y plata para su cancelación.

El funcionamiento de este régimen, como lo demostró una larga experiencia, tiende a amplificar los vaivenes del comercio exterior. En el caso de una depresión o de un saldo negativo de la balanza de pagos, hay que exportar

metálico para cumplir los compromisos, incluida la demanda de importaciones. Esa filtración hacia el exterior de oro o plata disminuye el circulante existente, creando una astringencia crediticia y monetaria que generalmente deprime el sistema productivo y causa una baja de precios.

Dentro de la »lógica« del sistema, estos efectos eran parte necesaria y saludable del ajuste automático que involucraba. La contracción monetaria, la paralización o decrecimiento de actividades, el descenso de los precios internos, debían favorecer, por una parte, la recuperación de las exportaciones, en tanto que por la otra deprimían la demanda por importaciones. Materializadas estas dos expectativas volverían a producirse saldos positivos en la balanza de pagos y a incrementarse el caudal del circulante.

En tanto el sistema económico mundial mantuvo una tendencia marcadamente expansiva, sujeta solamente a oscilaciones bruscas pero pasajeras, el régimen se mantuvo en casi todos los países, pero no logró sobrevivir a las condiciones caóticas que siguieron a la Primera Guerra Mundial y que culminaron en el colapso internacional de 1930-32.

18

En la experiencia chilena puede apreciarse que la primera prueba exigente del sistema metálico, la de 1857-61, fue salvada dentro de las »reglas del juego«. El país resistió todas las consecuencias del sistema, incluso la depresión de actividades relativamente desconectadas del comercio exterior, sin abandonar la convertibilidad. La precaria reanimación posterior vino a justificar en cierto grado su apego a conceptos económicos y monetarios hondamente arraigados, que años antes, en 1824, habían hecho proclamar al Ministro Diego Benavente que Chile era »un país que no tiene papel moneda ni lo admitiría sino en la punta de las bayonetas«.

»Es curioso, anota Encina, que nadie hablase de emisiones de papel moneda de curso forzoso, ni de quiebras del valor de la moneda, recursos ya en boga en la América Española, que más tarde debían reducir gradualmente el valor de la moneda chilena. Courcelle Seneuil sostuvo con razón que lo primero era liquidar la crisis por dolorosas que fueran las consecuencias; sin el restablecimiento de la normalidad, el país no podía reanudar su desarrollo sobre bases sólidas«. Otro observador autorizado escribió con posterioridad: »No se pretendió entonces emitir papel moneda para salvar a los que habían sido imprudentes en el manejo de sus negocios, a pesar de que los particulares ocultaron en parte, aunque transitoriamente, la moneda metálica, que luego reapareció en circulación«²⁵.

Pero en 1878 no ocurrió lo mismo. Y no se requirieron bayonetas para inducir al gobierno a romper con el sistema metálico y a abrazar el papel moneda inconvertible.

La caída de las exportaciones no explica el cambio de postura, ya que incluso fue menos brusca que la que se registró en 1861 (ver cuadro 1). Hay, pues, que hurgar en otros aspectos.

19

Entre ellos, la mayoría de los analistas han destacado el que atañe al desenvolvimiento y debilidades del sistema financiero y bancario del país; Encina, por ejemplo, manifiesta que en el conjunto de factores de la evolución económica

»el que había tomado mayor desarrollo en los últimos diez años era el de los bancos y el crédito... Los siete bancos que existían en 1869 habían aumentado a once, su capital se había doblado, los depósitos se habían triplicado; y los préstamos, doblado«.

Por otra parte, al decir de Whitson Fetter

²⁵ Agustín Ross, »El problema financiero«, 1894.

»Las estadísticas de la época indican que los bancos chilenos dirigían sus negocios con sólo un pequeño margen de seguridades, pues la relación entre la reserva metálica y las obligaciones para con el público era muy baja, sobre todo para un país en que no existía un Banco Central y en que las principales colocaciones de los bancos eran préstamos con garantías hipotecarias«. En algunos casos, por lo demás, reinaba una franca corrupción en las prácticas bancarias. En vísperas de declararse la inconvertibilidad, la situación del Banco Nacional, uno de los más importantes, era la siguiente: »cerca de la mitad del capital del banco, ascendente a \$ 400.000, había sido dado en préstamos a los directores... menos de dos semanas antes de la suspensión de pagos, los directores de este mismo banco recomendaron un dividendo semestral del 6 por ciento sobre el capital pagado... parte del cual hubo de ser cancelado con fondos del capital de reserva. Los accionistas en una junta celebrada algunos días después de la suspensión de la conversión metálica aprobaron esta distribución«²⁶.

Debe también anotarse que el crecimiento del sistema financiero había ido de la mano con una sensible »monetización« del circulante, es decir, con una mayor importancia relativa de los billetes respecto a los metales preciosos, lo cual acrecentaba la significación de los bancos. Siguiendo a Agustín Ross²⁷, vemos que hasta 1865 la moneda de oro fue abundante en Chile y dominaba el mercado. Desde 1865 hasta 1872 fueron entrando a la circulación los billetes bancarios, desalojando en parte al oro mediante la diligencia de los bancos emisores. Durante 1873 hasta 1875, la moneda de oro fue, además, poco a poco y en parte reemplazada también en la circu-

²⁶ Whitson Fetter, »La inflación monetaria en Chile«.

²⁷ A. Ross, op. cit.

lación por los pesos de plata (debido a la baja del precio de la plata en el mercado exterior). Hacia 1876 había desaparecido el oro; había abundancia de plata y la reserva de los bancos era muy baja. Respecto a este elemento de las reservas bancarias, el porcentaje de metálico guardado por los bancos era el siguiente en los años que se indican: 1876, 7,6 por ciento; 1877, 9,1 por ciento; 1878, 7,4 por ciento, que contrastan con las habituales en otros países: en EE.UU., un 25%; en Holanda, un 40%.

20

Aparte de los elementos descritos (altibajos y lentitud en el incremento de las exportaciones; descenso de los precios; contratiempos en las cosechas; extensión, debilidad y corruptelas del sistema monetario y bancario), el desequilibrio financiero que culminó en la inconvertibilidad de 1878 fue acentuado por otros factores que es necesario mencionar brevemente.

Entre ellos hay que subrayar la presión para importar, aspecto que comienza a gravitar de modo cada vez más significativo en la evolución económica del país, como tendremos oportunidad de reiterarlo posteriormente.

El volumen de importaciones se eleva paulatinamente hasta 1870-71, pero al año siguiente muestra un incremento notable: de 26,6 millones a 34,6 millones, que prosigue hasta culminar en una internación de 38 millones en 1874-75. Desde el año siguiente se inicia la declinación, que alcanza su fondo en 1878, con una importación que sólo entera 25,2 millones (ver cuadro I).

En el acrecentamiento de las compras en el exterior tuvo una influencia primordial la atmósfera de prosperidad ficticia que creó la fiebre de Caracoles. El político y ministro de ese tiempo, Luis Aldunate, escribía más tarde que...

»otros eran los elementos que venían minando la prosperidad nacional y preparando la tormenta, de la cual

la inconvertibilidad de 1878 fue su primera aunque gravísima y significativa manifestación. El desproporcionado aumento de los consumos nacionales, unido a la profunda depresión de los precios de los productos de retorno, rompieron el equilibrio de nuestros cambios y produjeron la emigración de la masa del circulante monetario²⁸.

Por otra parte, también empieza a pesar el servicio de los créditos contratados en el exterior, que junto al servicio de capitales y servicios foráneos socavaban el balance de las cuentas de importación y exportación.

»El saldo adverso de la balanza de pagos —indica Encina— venía cubriéndose desde la segunda presidencia de Montt con empréstitos, cuyo servicio se esperaba que, a la vuelta de cuatro o cinco años, se compensaría con el desarrollo económico nacional. Durante los diez años de la Administración Pérez, el monto de la deuda externa... se dobló; y como el desarrollo económico nacional... se estagnó, el servicio de la deuda externa hizo en nuestra balanza de pagos el efecto de una piedra colgada al cuello de un nadador²⁹.

Anotemos finalmente otro aspecto, tan influyente como insinuador de una coyuntura que se marcará progresivamente con el tiempo. Nos referimos al maridaje de intereses comprometidos en la inconvertibilidad y por derivación en la baja de la moneda, que se presenta visiblemente como un acuerdo de la plutocracia bancaria y el gobierno, pero que alinea a su espalda a agricultores y exportadores, todos igualmente deseosos de escapar a las consecuencias de la contracción interna y externa por la vía de la expansión monetaria y el descenso del cambio.

²⁸ Luis Aldunate, «Indicaciones de la balanza comercial», 1895.

²⁹ F. Encina, op. cit.

»Poco tiempo después de acordada la suspensión, señala Whitson Fetter, se declaró en el Congreso que el representante de uno de los principales bancos había visitado al Presidente de la República... y le había manifestado que las reservas del banco habían alcanzado un nivel tan bajo que no podrían continuar convirtiendo sus billetes y en consecuencia deberían declararse en quiebra«. Y agrega en otra parte que el gobierno »En la imposibilidad de obtener entradas de otras fuentes resolvió contratar un empréstito con los bancos«...³⁰

Ese préstamo fue la antesala y la contrapartida de la inconvertibilidad que se declaraba un mes después para salvar a los bancos o, si se quiere, para impedir que algunos, por lo menos, pagaran las consecuencias de sus errores y de la »lógica« del régimen de padrón de oro.

El primer desliz hacia el papel moneda (ya que no consideramos como tal el breve y explicable interregno de inconvertibilidad a raíz de la guerra con España, que duró menos de un año y apenas afectó la tasa de cambio), tuvo más importancia por los elementos que la rodearon y por el precedente que creó que por sus consecuencias. Como dice Martner,

»Desde el punto de vista de la carestía de la vida, las emisiones no produjeron mayores dificultades, y tal vez por esa circunstancia, en gran parte por lo menos, no se formuló en el país la fuerte y general oposición que corresponde el régimen de curso forzoso«.

Por lo demás, el proximo estallido de la Guerra del Pacífico cambió por completo el cuadro y abrió una nueva etapa con la incorporación plena del salitre.

³⁰Whitson Fetter, op. cit.

Para cerrar esta parte, parece útil anotar que la mayoría de los juicios respecto a la quiebra de la convertibilidad en 1878 y que instaure el régimen de papel moneda prácticamente hasta la reforma de Kemmerer (salvo el lapso 1895-98), han analizado el fenómeno desde un ángulo estrictamente ortodoxo, como una vulneración y un delito contra las sagradas reglas del régimen metálico.

El problema es más complejo. La verdad es que miradas las cosas a la luz de la experiencia y la teoría económica modernas, la resignación ante las fluctuaciones externas, que formaba parte integral del sistema de padrón de oro, no tiene ninguna justificación. Por el contrario, la política económica contemporánea se ha inclinado precisamente en sentido contrario hacia la adopción de medidas adecuadas para compensar las fluctuaciones del comercio exterior, entre las cuales pueden figurar la devaluación, el estímulo a las actividades domésticas, aun por la vía de expedientes formalmente inflacionarios y otras del mismo carácter, y que para el pensamiento clásico-liberal eran y son intrínsecamente pecaminosas.

Desde este ángulo, pues, no es posible condenar »per se« el paso hacia la inconvertibilidad a raíz de la crisis de 1878. En cambio, puede estimársela errada, impropia o dañina si tenemos a la vista otros elementos sustantivos.

En primer lugar está el hecho de que los arbitrios a que aludimos más arriba y que forman parte del arsenal corriente de la política económica moderna, para cumplir su misión y justificarse, deben ser componentes de una conducta deliberada y dirigida a paliar o rectificar el desequilibrio causado por un trastorno exterior o doméstico. Otra cosa bien distinta es si se trata meramente de reacciones dislocadas, que no persiguen otro fin que proteger intereses bastardos o retrógrados, como los del

sector bancario imprevisor o los de una actividad exportadora incapaz de seguir el paso de los movimientos de la productividad en sus competidores, cual fue el caso en la experiencia chilena.

En él sería ingenuo buscar un ejemplo de políticas anticíclicas; más apropiado es atribuirlo a la debilidad y contradicciones »in crescendo« de un sistema económico y social en declinación, que pugna por escapar a las antiguas »reglas de juego« sin ser capaz de una respuesta fecunda y positiva. Tendremos que volver sobre el tema más adelante.

22

Junto a los aspectos señalados, y quizás superándolos por su trascendencia general, hay que llamar la atención sobre otro, que da a este período una fisonomía propia en comparación a los treinta años precedentes. Nos referimos a la mutación que sufre la política económica, que gradualmente va abrazando el ideario y las recetas de la ortodoxia liberal.

Como no necesita recordación, el fenómeno fue una directa consecuencia de las tendencias en boga en Inglaterra y en los países más avanzados de Europa, en los cuales la teoría librecambista se popularizaba de consuno con la triunfante expansión industrial. La asociación de estas ideas económicas, acuñadas en las islas británicas, con la filosofía política prohijada por la revolución democrática en Francia, pasó a ser una fuerza influyente en el devenir chileno.

El proceso venía insinuándose desde las postrimerías del gobierno de Bulnes, cuando, según Martner, empieza a relajarse la protección a la marina mercante nacional. De acuerdo a ese autor:

»En ese entonces rompía del centro comercial del mundo una inmensa ola de doctrinas librecambistas, que con formidable ímpetu llegaba a los confines del globo y era punto menos que vedado contrarrestarla«.

El adalid de esa orientación fue el economista francés Courcelle Seneuil, que estuvo en Chile entre 1855 y 1863 asesorando a los gobiernos y diseminando sus principios desde la cátedra. A su vera se formó la primera generación de economistas que tuvo el país, que ejerció un imperio prácticamente sin contrapeso y moldeó el criterio y las decisiones fundamentales de la gestión pública. Entre ellos cabe mencionar a Zorobabel Rodríguez, su alumno y sucesor en la Universidad de Chile, y a Marcial González, a quien nos referimos ya a propósito de las posturas liberales frente a la política ferroviaria de Montt.

Bien se sabe cuál era la tesis matriz de la doctrina en boga: la prescindencia más absoluta del Estado y de toda regulación oficial en el libre juego de las «leyes naturales», lo cual, concretamente, significaba sobre todo el repudio a cualquier forma de proteccionismo de las actividades nacionales que entrabara la amplia competencia y el triunfo de los más aptos.

Esta filosofía económica, germinada en condiciones radicalmente distintas y derivadas en último término de la rebelión de la burguesía progresista europea contra el Estado paralizador y los privilegios de las clases ociosas vinculada al aparato político, fue aplicada como verdad revelada, con las consecuencias más nefastas para nuestro desarrollo económico.

»La propagación de las doctrinas de Courcelle —escribió Martner— al colocar a los países sudamericanos, especialmente a Chile, frente a Europa, como en lucha de competencia industrial y comercial, careciendo de medios de defensa económica, debía facilitar poderosamente la corriente hacia el viejo mundo de la riqueza del nuevo, eliminando el apoyo que aquí se prestaba a las instituciones económicas por parte del Estado»³¹.

³¹D. Martner, op. cit.

Ningún episodio expone más claramente las repercusiones del calco mecánico de las recetas librecambistas que la destrucción de la marina mercante nacional. Dice Encina al respecto:

»En el espacio de los diez años comprendidos entre 1861 y 1870, la marina mercante nacional desapareció completamente. Hemos visto que en 1861 contaba con 267 buques, con 60.487 toneladas en total... »Al presente —decía el Ministro de Marina, el 10 de septiembre de 1866— no hay un solo buque que lleve la bandera de la República en los diversos mares en que giraba nuestra marina de comercio... la guerra con España no hizo sino precipitar una catástrofe que estaba ya incubada, como resultado de la influencia de los postulados económicos teóricos sobre cabezas de débil sentido de la realidad... Siguiendo a la letra los postulados económicos de Courcelle Seneuil, la ordenanza aduanera había substituido la reserva de cabotaje a la marina mercante por la absoluta libertad para practicarla para todas las marinas del mundo... La inconsciencia de un mandatario y de una aristocracia gobernante, cuerda y honrada, pero miope, destruyeron quizás, por siglos, la única posibilidad de que Chile conservase el lugar que el orden y la sensatez le había labrado en el concierto de los pueblos hispanoamericanos³².

El diputado Puelma Tupper, secretario general de la Sociedad de Fomento Fabril, reiteraba el punto de la siguiente manera:

»Antes de la guerra con España se construían en Chile buques mercantes y aun de guerra; cuando vino al conflicto se declaró libre el cabotaje, se quitaron los derechos que gravaban a los buques extranjeros

³²F. Encina, op. cit.

y el comercio se entregó casi por completo a las naves de otros países. La construcción de buques concluyó entre nosotros, y si es cierto que el comercio ha aumentado enormemente, no lo es menos que en la guerra última nos hemos encontrado sin marina mercante nacional y lo que es peor, sin marineros³³.

23

A juicio de Encina,

»La despreocupación por el desarrollo económico desde que Montt dejó el poder es casi completa. Más allá del orden y economía —y hay que agradecerse— nada se les ocurre. El más ligero trastorno, todo lo que rebasa la rutina cotidiana, los desconcierta³⁴.

Naturalmente, este cambio de actitudes y de situación no puede explicarse como una mera resultante de ideas y prácticas trasplantadas artificialmente. Se requiere preguntar qué causas facilitaron la penetración y el predominio de un cuerpo de postulados que manifiestamente perjudicó el desenvolvimiento del país.

Esta interrogación es tanto más necesaria cuando en el plano político parecía arraigarse una tendencia inequívocamente progresista, como queda de manifiesto en la declinación del autoritarismo pelucón criticado por el pensamiento liberal, en el ascenso de nuevos elementos y capas sociales y, en general, en el avance del proceso democrático que acompaña a la »república pipiola«. En otras palabras, debemos analizar qué hay tras esta segunda disociación que resalta entre la realidad económica y la política.

Para los historiadores o analistas liberales o de izquierda, la dicotomía ha pasado, en general, desapercibida. Dejando de lado las tendencias y hechos económicos han

³³ Boletín de la Soc. de Fomento Fabril, 1885.

³⁴ F. Encina, op. cit.

puesto sus miradas en la evolución política y han aplicado a ella un esquema preconcebido, que no se compadece con el substrato productivo.

El profesor Jobet, por ejemplo, en la misma obra ya citada, presenta así las cosas:

»El proceso económico tiende a la formación de una burguesía minera, manufacturera y comercial, sobre las ruinas de la economía exclusivamente feudal de la primera partida del siglo XIX. Es el momento del tránsito de dos economías: la feudal y la capitalista. Surge y se desarrolla con inusitado impulso la burguesía y el movimiento demoliberal que representa. Esta nueva clase social se rebela contra el régimen feudal imperante, ataca el sistema de reacción política que predomina y lucha abiertamente por imponer el liberalismo«... »Frente al oligarca terrateniente miembro de la vieja aristocracia colonial, de concepciones feudales, surge el burgués capitalista, de tendencias liberales, que poco a poco constituye una nueva clase social, con capitales propios, necesidades específicas y aspiraciones nuevas«... »...y un nuevo régimen de propiedad, el burgués individualista, hace nacer nuevas relaciones sociales y determina nuevas posiciones políticas«... »La clase revolucionaria, porque es poderosa y tiene conciencia de sus intereses, es la batalladora burguesía naciente«.

Hernán Ramírez Necochea, el estudioso investigador, sigue la misma línea y la subraya con tonalidades marxistas:

»La burguesía no fue un cuerpo sin espíritu que operaba mecánicamente y ciegamente dentro de los marcos de la sociedad aristocrática en la que se había formado y que con su sola presencia comenzaba a modificar. Gradualmente empezó a tomar conciencia

de sí misma, es decir, fue forjando conciencia de clase. Comprendió que era una clase social diferente de las demás; se dio cuenta de que en el conglomerado social tenía una función propia, cuya importancia crecía y se hacía cada vez más notoria. De esta manera se planteó el antagonismo entre la aristocracia y su aliado, el clero, con la burguesía. Tal antagonismo o lucha de clases tuvo diversas maneras de manifestarse y él constituyó, en última instancia, la esencia de nuestro desenvolvimiento histórico en el siglo pasado³⁵.

Alberto Edwards, en «La fronda aristocrática», planteó en su forma extrema la tesis involucrada en estos escritos de orientación socialista: En Chile, escribió, la

»revolución burguesa se había realizado pacíficamente bajo la colonia, nuestra alta clase social era, a la vez, aristocracia y burguesía, cuando vino la hora de la independencia. La gran contienda entre las viejas castas feudales y el mundo nuevo del capitalismo y la industria que agitó a Europa durante la primera mitad del siglo XIX, no pudo reproducirse en Chile. El problema estaba resuelto«.

24

Evidentemente, en todas estas aproximaciones prima el descuido de la base económica de las categorías sociales, lo que empuja a esbozar analogías o contrastes que no tienen sus pies en la tierra, sino que en esquemas descoyuntados de una realidad temporal y espacialmente dada.

Para Edwards, el conflicto entre «castas feudales» y el «nuevo mundo del capitalismo y la industria» había sido superado. Para Jobet y Ramírez, él se reprodujo en Chile del siglo pasado, con la victoria de «una nueva y

³⁵H. Ramírez, op. cit.

pujante clase social«, »la batalladora burguesía naciente«.

Pero todos olvidan que la pugna social europea fue una resultante (o por lo menos se influyó recíprocamente) de un determinado nivel de desarrollo capitalista que, precisamente, procreó la clase que iba a poner en jaque el »viejo orden«. Y esa clase, la »verdadera« burguesía, es fundamentalmente un segmento representativo de la actividad manufacturera e industrial y de los sectores comerciales y financieros *ligados y dependientes*. En tanto ella no se desenvuelve suficientemente, el embate contra el edificio económico-social-político de la sociedad precapitalista no logra imponerse por completo. Esto es cierto no sólo para el »modelo« clásico, el inglés, sino que incluso para Francia, donde la revolución de las formas políticas precedió aparentemente a la transformación económica. Así lo comprueba el hecho que el »status« republicano sólo se arraiga en el país galo después de que se sobrepasan las etapas básicas de su crecimiento industrial.

No hay dudas de que el desarrollo chileno de la primera mitad del siglo pasado diversificó en cierta medida la estructura productiva y por derivación la político-social. A la clase terrateniente que dominó sin contrapeso en el primer lapso de la vida independiente, se agregan otros grupos, entre los que sobresalen los empresarios mineros y los del sector comercial y financiero. Pero debe tenerse en cuenta, porque esto es substancial, que se trata también de productores primarios y de actividades distributivas vinculadas y dependientes de ellos, todos igualmente proyectados sobre el comercio exterior.

Entre estas facciones económicas hay diferencias y roces, pero no contradicciones profundas. Afloran las pugnas en razón del desplazamiento social y de los obstáculos consabidos levantados por la estratificación existente. Es la querrela entre los que ascienden y los que

resisten el escalamiento; entre los enriquecidos de »medio pelo« y los »oligarcas« tradicionales, que siempre, en Chile, terminan por abrir la puerta a quienes tienen la adecuada credencial de ingreso, es decir, el dinero. O es el conflicto en torno a cuestiones religiosas o de formas políticas, en el cual se expresan otros de raíz más prosaica; por algo los que »vienen de abajo« y buscan compartir los mejores sitios bajo el sol son, por lo general, »democráticos« y »librepensadores«.

Pero, insistimos, no hay antagonismos fundamentales en el terreno económico. Como grupos, todos son productores primarios o de servicios anexos o subordinados; todos son más o menos librecambistas por la misma razón; sus mercados primordiales están afuera y en el exterior también se hallan los aprovisionamientos que requiere su demanda habitualmente refinada; no son proteccionistas por la simple razón que tienen poco que proteger; y, finalmente, todos van a ser en alguna medida partidarios de la depreciación monetaria porque mejora sus posibilidades en el mercado externo y alivia sus deudas, cosa importante cuando ellos son los únicos que gozan del crédito.

Es indudable que a los sectores que afloran junto a la clase terrateniente (y que comúnmente se asocian con ella) puede llamárseles »burguesía«. Una de las limitaciones todavía no superada de las ciencias sociales, por oposición a las físicas, es la imprecisión de su terminología, como anota en uno de sus luminosos trabajos el maestro José Medina Echavarría³⁶. Es posible denominarlos así, porque *no son* la oligarquía; porque tienen otros hábitos; otros valores; otro cuerpo de ideas políticas y doctrinales. Pero esa asimilación desprecia lo substancial del término; su verdadera e histórica acepción, que identifica esa categoría social con los sectores que

³⁶J. Medina E., »Sociología, teoría y técnica«.

nacen del desarrollo capitalista y que lo singularizan, esto es, los empresarios industriales y sus adláteres en el terreno comercial y financiero.

Esta verdadera burguesía no juega ningún papel en el período que se estudia, por la muy simple y fundamental razón de que el crecimiento y diversificación económicos no habían alcanzado el nivel necesario.

Y esta es la razón de las actitudes y de la política de la sedicente «burguesía» liberal, que contribuyeron a sostener la estructura tradicional del sistema productivo, su dirección «hacia afuera» y las grietas y debilidades que iban a frustrar su desarrollo y que ya lo habían estagnado relativamente.

25

Quizás la más simple y elocuente ilustración del problema que hemos estado planteando sean los acontecimientos que tenían lugar en EE.UU. en la misma época y que explotaron en la guerra de secesión. En esta instancia sí que es apropiado el esquema que los autores comentados aplican con tanto irrealismo a las circunstancias chilenas. En la pugna entre Norte y Sur se da en sus rasgos y sentido esenciales la contradicción entre la burguesía progresista e industrial y los feudalistas de la economía de plantaciones, subordinados al comercio exterior y, por ende, libremercantistas. *«La sangrienta guerra de cuatro años —como afirma un autor norteamericano— terminó con la quiebra de la economía de plantaciones del Sur y estableció la supremacía política y económica del Norte, con su expansivo industrialismo, sus constructores de ferrocarriles, sus capitalistas financieros, sus granjeros libres y productivos, su dinámico comercio»*³⁷.

Para remachar este contraste de dos situaciones opuestas vale la pena exponer las posiciones predominantes en ambos países respecto a la cuestión clave del proteccio-

³⁷G. Soule, «Economic forces in american history».

nismo, que dividió (y en cierto modo todavía divide) las trincheras de la burguesía industrial, interesada en diversificar la economía y desarrollar el mercado interno, y de los grupos de terratenientes y de productores primarios que miran sobre todo al mercado exterior.

Louis Hacker, en su conocida obra «Proceso y triunfo del capitalismo norteamericano», describe así la política que se imponía en EE.UU.:

«Entre 1861 y 1864 se presentaron nuevos proyectos arancelarios fundados por igual en la necesidad de reforzar los ingresos fiscales y compensar a las manufacturas nacionales por las tasas importantes que debían soportar. Sólo al tramitarse la ley... de 1864 se eliminaron los argumentos engañosos y se proclamó el proteccionismo sin ambages ni eufemismos. Al finalizar la guerra, el porcentaje medio de las tarifas aduaneras ascendía a 47 por ciento, en comparación al 18,8 por ciento, que fue el promedio anterior. Las tasas que debían abonar la industria fueron reducidas o eliminadas tan pronto como finalizó la contienda, pero los derechos elevados continuaron en vigor. Y las industrias protegidas se beneficiaron con un alza conjunta de 20 por ciento sobre sus precios a consecuencia de las tarifas aduaneras. Esta política continuó durante todo el período de reconstrucción (o sea, después de la guerra de Secesión). Los intereses laneros obtuvieron nuevos derechos: los que regían para el cobre experimentaron un aumento que los sextuplicó; los rieles de acero fueron tan bien protegidos que se cerró la entrada de los ingleses; la industria americana del acero comenzó a vivir momentos de expansión que le permitieron resistir la depresión de 1873-79».

Un experto anónimo chileno, escribiendo en 1876, analizaba el mismo asunto en los siguientes términos:

«Ha sido principalmente la organización de las tarifas donde aquel espíritu hostil e indiferente al trabajo (se

refiere a la industria nacional) ha hecho sentir más enérgicamente sus efectos. Estas tarifas han sido fijadas para estimular nada más que el consumo, como si las naciones se compusieran tan sólo de consumidores y no fuera su producción el sustentáculo de esos consumos. El fierro en bruto o sin trabajar está fuertemente gravado, en tanto que es libre la maquinaria y herramientas que con él se elaboran, lo que equivale a decretar una prima para el fabricante europeo y una prohibición para el país... la tarifa de aduanas hace imposible todo ensayo en favor de una industria fabril nacional, puesto que no sólo liberaliza exageradamente los derechos sobre el extranjero, sino que grava las materias primas transformables, repartiéndolo así su protección con mano de verdadera madrastra para el industrial chileno³⁸.

Un diputado, Gaspar Toro, resumía en un debate el criterio liberal vistiéndolo de ribetes demagógicos que se empleaban sin recato y seguramente de buena fe:

«Es engañosa esta palabra proteccionismo. Ella significa sólo la ganancia de tres o cuatro fabricantes protegidos y la pérdida de dos millones de consumidores, que habrán de pagar más caro sus consumos, agravando principalmente las condiciones de vida de los pobres que consumen los artículos más ordinarios y menoscabando las rentas fiscales con la restricción de esos consumos en razón de la carestía».

De poco valían frente a esta filosofía réplicas tan sensatas como la del antes citado diputado Puelma Tupper, que contestaba así a Toro:

«Me basta observar lo que pasa en los países que lo aceptan. EE.UU., por ejemplo, que cobra fuertes derechos a la manufactura de algodón que se produce a menor precio en Inglaterra, encareciendo con esto el vestido del pobre y sin duda alguna su jornal. Pues bien, yo prefiero estas

³⁸ «La situación económica de Chile», 1876, citado en el Boletín del Depto. de Estudios del Ministerio de Hacienda, 1956.

leyes, que dan como resultado el que en un país hallen ocupación todos sus hijos, y ocupación lucrativa, que les permite ilustrarse, vivir con cierta independencia y llegar a ser verdaderos ciudadanos, a la situación de Chile, en que sus hijos emigran, faltos de trabajo y buscando un mayor salario en tierras extranjeras.³⁹

26

No se piense que estas discusiones eran puramente académicas. La verdad es que los embriones de un potencial desarrollo fabril estaban latentes, esperando una política y condiciones adecuadas.

La Guerra del Pacífico, por ejemplo, puso en tensión las fuerzas productivas del país y dio una señal de lo que era posible.

«Los milagros que opera la guerra, señala Encina, atropellando el elegante y regular conjunto de postulados económicos que formaba el bagaje intelectual de los hombres ilustrados de la época, solucionó el problema casi sin intervención del Estado. Se produjo espontáneamente la restricción en las importaciones de todo lo que no era necesario para vestir y equipar al ejército. La minería y la agricultura pagaron el saldo que no alcanzó a cubrir la restricción de las importaciones suntuarias... La industria fabril, por su lado, dobló en diez, veinte y hasta cien veces la elaboración de vestuario, calzado, artículos de talabartería, pólvora, productos químicos y farmacéuticos, carros, barriles, mochilas, carpas, cureñas, calderas para buques, etc.»⁴⁰

³⁹ Boletín Soc. Fomento Fabril, 1885.

⁴⁰ Una ilustración de lo que podía hacerse en el país encontramos en este memorial presentado por 300 obreros de la firma Lever, Murphy y Cía. al gobierno en 1887, que apareció en el boletín de la S. Fomento Fabril. Dice «Sabe. V. E. . . que las 18 locomotoras y los cien carros de carga que hemos construido. . . están sirviendo y prestan ventajas considerables sobre el material extranjero. Hasta el presente todas las obras públicas contratadas por capitalistas extranjeros no han dado protección a los establecimientos industriales y gracias a la

Pero el impulso, como otros empeños veleidosos que brotan de vez en cuando, se diluye a corto plazo. *»Terminada la guerra, rezonga nuestro historiador, se produjo la liquidación de la industria improvisada, en medio de la inconsciencia y de la alegre improvisación característica de los gobiernos y los pueblos hispanoamericanos«.*

Más adelante tendremos que examinar más detenidamente las razones económicas que hay en el trasfondo de esa impotencia y negativa de los sectores dirigentes para respaldar el proceso de diversificación y de crecimiento fabril.

27

La lentitud y vicisitudes del movimiento del comercio exterior, el desequilibrio financiero; la incapacidad para impulsar el desarrollo de las fuerzas productivas domésticas, unida a la creciente desarticulación política que sigue al resquebrajamiento de la estructura portaliana, disiparon la suerte de *»optimismo histórico«* que había insuflado las décadas anteriores. Son voces agoreras y no esperanzadas las que comienzan a dominar en el escenario público. Para cerrar esta parte con una cita que contraste el espíritu que ahora emerge con el prevaleciente en la otra etapa⁴¹, valga este juicio melancólico de Cruchaga Montt sobre la situación en los años 70:

»La acción individual, no bien preparada ni enérgica todavía, no había sido suficiente para crear al país una base estable de progreso. La minería... se encuentra en postración evidente. La agricultura obedece

liberalidad con que se los exonera del pago de derechos, hace casi imposible la planteación de diversas industrias. Sólo con el apoyo directo del gobierno podría abrirse camino la industria nacional, que como en el caso actual de la construcción de locomotoras y carros ha probado poder desempeñarse satisfactoriamente y con economía de costos para el Estado«.

⁴¹Ver pág. 41.

en su régimen a tradiciones de indivisión, de lujo y de falta de actividad. La industria manufacturera no ha tenido aún nacimiento. El lujo de todas las clases sociales ha ido en considerable aumento. Este lujo se sostiene con importaciones del exterior que la industria no alcanza todavía a pagar sino a costa de sus reservas metálicas o a costa de nuevas y gravosas deudas que tienden al aumento y al alza de la tasa de cambio⁴².

⁴²M. Cruchaga, op. cit.